

## **El genocidio de Namibia**

Derrotados en África y Europa, los alemanes quedaban apeados de todas sus colonias en 1918, quedando estas en manos de ingleses, de coaliciones en torno a la *Entente* y de la segregacionista Unión Sudafricana, el germen de lo que serán Botsuana, Zimbabue, Namibia y Sudáfrica.

Pero no dejaremos escapar a los alemanes tan rápido de los desiertos de Namibia. Las atrocidades cometidas en el Congo de Leopoldo estuvieron provocadas por una impunidad encubierta y estimulada en favor de un ilimitado afán de enriquecimiento. Su amplitud y残酷 podrían quedar equiparadas con los efectos de guerras y epidemias, con un asesinato masivo de proporciones nunca imaginadas, sin embargo, no se trataba de eliminar un pueblo, sino de forzarlo en busca de mayor trabajo y beneficio. El caso que nos ocupará a continuación no se convirtió en paradigma de los horrores simplemente por que, una vez finalizado, se pudo silenciar y ocultar durante décadas. A pesar de ello, constituye uno de los episodios más trágicos de la Historia de la Humanidad, el primer intento deliberado y sistemático de acabar absolutamente con un pueblo, un exterminio en toda regla diseñado fría y calculadamente con la más absoluta impunidad y sin culpables reconocidos. Hemos mencionado el genocidio de los herero y nama de Namibia cuando hablábamos de los pueblos cazadores-recolectores, pero es el momento de acercarnos con más detenimiento a la mayor barbaridad cometida en el marco de la ocupación colonial de África. La antesala de los peores crímenes cometidos por el hombre ocurrió en Namibia a comienzos del siglo XX y todavía hoy permanece casi desconocida. Las víctimas sin reconocimiento, los autores retratados como héroes de la gloriosa epopeya colonial. Tal y como enseña el maestro González Ferrín, nada en la Historia surge ni desaparece de repente, todo se va gestando lentamente. No hay comienzos repentinos, especialmente para el cruel siglo XX, y lo comprobaremos ahora que tenemos la oportunidad de observar cómo la capacidad de infligir castigo y sufrimiento llegó en Namibia a extremos que tan sólo se volverán a alcanzar en los campos de la muerte de la Alemania nazi.

Los herero y los nama son dos pueblos de características muy diferentes, respectivamente uno bantú localizado al norte entre Angola, Namibia y Botsuana, y otro joi-joí desplegado al sur, que estuvieron en contacto con los europeos desde que los tratantes de esclavos establecieron sus factorías a lo largo de las costas australes. En aquellos tiempos, la principal diferencia entre ellos a ojos de los factores se ceñía a la fortaleza de los bantúes frente a la escasa productividad de los menos corpulentos joi-san. A lo largo del siglo XVII numerosos grupos de recolectores, entre ellos los nama, se vieron forzados a desplazarse hacia el noroeste a causa de la presión de los boers de Sudáfrica, instalándose para sus actividades en lo que hoy es el sur de Namibia. Siglos de contactos con los grupos bantúes habían transformado la vida de los nama en muchos sentidos, entre ellos la adopción del comercio y

la ganadería trashumante. Doscientos años de presencia europea los habían equipado con armas de fuego que utilizaron para defenderse de quienes pretendían atraparlos. Los herero, por el contrario, engloban distintos grupos de agricultores y ganaderos nómadas, más o menos sedentarios dependiendo de la disponibilidad de recursos hídricos. Algunos de ellos buscaron el contacto con los extranjeros y propiciaron la transformación de las costumbres, mientras otros como los himba prefirieron mantenerse apartados y preservar su forma de vida tradicional. Entre ellos sobrevive, por ejemplo, la costumbre de extinguir el fuego frente a la morada del monarca difunto, para que el heredero encienda y transmita una nueva llama entre todas las viviendas. Ambos, herero y nama, entraban con frecuencia en conflicto por el control de pozos y el robo de ganado en períodos de escasez. A su vez, ambos habían sufrido el rapto y la esclavización a manos de sus vecinos para aprovechamiento del hombre blanco. Como era habitual, parte de aquellos esclavos fueron empleados en aquellas mismas factorías. Creciendo y viviendo junto a sus dueños, conocían bien sus costumbres. Llegado el momento de la colonización alemana, no era excepcional que algunos individuos de los dos grupos, incluso comunidades enteras, estuvieran cristianizadas en el luteranismo y hablaran lenguas europeas.

En la mesa del reparto de África el gobierno británico, la potencia establecida al sur, no mostró demasiado interés por lo que parecían regiones desérticas. Bismarck, muy interesado en la expansión colonial, había autorizado la compra de terrenos en la actual Namibia con objeto de disuadir a los ingleses y hacer efectivo el control del territorio. Y comenzaron a enviar colonos. Desde la década de 1870 las capitales alemanas, en una explosión demográfica y económica que habría de situarlas en el primer lugar de los países industrializados, estaban repletas de parados hambrientos en busca de una oportunidad para embarcarse hacia los puertos de Estados Unidos, la tierra de promisión y futuro. Las autoridades veían con preocupación una emigración masiva que amenazaba con despoblar el II Imperio Alemán. A falta de espacio para crecer en Europa, las necesidades de expansión encontraron en la colonización de Namibia la posibilidad de difundir la influencia de la raza germana y fortalecer el imperio. El territorio a su disposición, al contrario que en Togo, Camerún y Tanzania, no parecía del todo inapropiado para el establecimiento de los europeos. Si bien la mayoría de la superficie aparecía desértica, grandes extensiones de sabana libre de enfermedades tropicales podrían albergar comunidades de colonos que encontrarían en la ganadería un primer punto de partida para organizar su subsistencia. Animados y costeados por el gobierno, los primeros inmigrantes que desembarcaban se encontraron con un problema que ni siquiera se había planteado: la tierra estaba habitada y tenía propietarios con quienes debían negociar. Los herero, por supuesto, al tanto de lo que estaba ocurriendo se prestaron a formar parte del proyecto de los nuevos extranjeros, vendiendo pozos y tierras a cambio de conservar la soberanía y obtener derechos sobre el comercio. De esta forma, en 1890 se constituía formalmente el protectorado de África del Sudoeste Alemana, incluyendo a todos los súbditos indígenas.

Pero nada iba a ser tan simple. Los colonos consideraron escandaloso e inaceptable cualquier forma de tratado, así como el alquiler y la compra de ganado y tierra a unos salvajes envalentonados que pretendían limitar sus

ilimitados derechos, y los problemas no tardaron mucho en aparecer. Con un rápido aumento de las inversiones, a partir de 1890 los asentamientos y el desarrollo colonial se aceleraba. Los herero y los nama eran utilizados indistintamente como fuerza de trabajo de forma abusiva y sus tierras comenzaron a ser ocupadas y confiscadas oficialmente. Animados por el gobierno, los colonos tomaban las fincas y ponían en marcha enormes granjas despreciando la oposición de la población. Las grandes corporaciones constructoras y extractoras ponían en marcha sus proyectos. El ferrocarril comenzaba a desplegarse para unir poblaciones y costa. Cada día necesitados de mayor cantidad de agua para sus innovadores programas de regadío y el ganado, los grupos herero comenzaron a ver cómo los alemanes dejaban sus pozos agostados y sus reses sedientas. Los casos de abusos laborales y sexuales se multiplicaban cada día. Para agravar la situación, una plaga diezmaba los rebaños entre 1890 y 1891. Considerados como obedientes trabajadores forzados de una clase social inferior y sin derechos, los nativos intentaron en numerosas ocasiones acceder a la justicia sin lograrlo. Cuando los colonos se dieron cuenta de que sus actos reprobables gozaban de una absoluta impunidad ante la ley, el maltrato y los abusos comenzaron a desplegarse de forma generalizada. En apenas diez años prácticamente todo el territorio habitable de Namibia había cambiado de manos y la forma de vida y las libertades de los pueblos locales estaban amenazadas de extinción. A partir de 1893 los nama habían organizado una revuelta bajo el liderazgo de Hendrik Witbooi, un occidentalizado, y resistían con éxito los embates de las columnas alemanas reforzadas con *baster*, bastardos nacidos de padres boers y madres joi-joi. Sus arriesgadas incursiones habían llegado a la recién fundada Windhoek, lugar de fuentes termales, causando la destitución del comisario imperial.

Finalmente derrotados y desplazados hacia el norte por indicaciones de Witbooi, los nama entraban en un periodo de reorganización, forzados por un tratado de paz a cooperar con los nuevos propietarios de sus ancestrales tierras. Sin embargo, no habría que explicar mucho los motivos, unos años más tarde nama y herero comenzaban de nuevo a organizar revueltas esporádicas. Los derechos pactados sobre tierras y pozos quedaban sistemáticamente sobrepasados por la iniciativa privada, el trato resultaba infrahumano. Durante este periodo todavía los acuerdos parecían posibles pero, lamentablemente, una decisión al parecer tomada en favor de los africanos hacía saltar las iras de los colonos, aumentaba el resentimiento y provocaba el levantamiento armado que destapó la caja de Pandora. Con la llegada de los colonos habían aparecido los comerciantes ambulantes en sus carretas ofreciendo productos interesantes como lámparas, espejos, utensilios y cuchillos. Como es natural, los trabajadores herero quisieron adquirirlos pero, al no recibir salarios en moneda sino en paños de tela, propietarios y mercaderes les ofrecieron pequeños préstamos a un alto interés con los que podían acceder a las manufacturas occidentales. En 1903 la situación de impagos estaba llegando al límite, pues mientras unos se acostumbraban a pedir, los otros se negaban a prestar. Creyendo haber encontrado una solución salomónica, el gobernador promulgó un decreto por el cual todos los compromisos debían ser satisfechos llegada una fecha, quedando posteriormente canceladas las deudas con instrucciones para no volver a incurrir en el crédito basura. Como, llegada la

fecha en cuestión, apenas ningún préstamo había sido recuperado y los prestamistas no estaban dispuestos a perder su dinero, hordas de granjeros y mercaderes armados se dirigieron a los poblados robando ganado, incendiando y capturando esclavos. Aquello sobrepasó lo que podían soportar. La revuelta herero comenzó a tomar cuerpo alrededor de Samuel Maharero, quien dio instrucciones precisas de tan sólo atacar a granjeros, comerciantes y soldados alemanes, distinguiendo a misioneros y familias anglo-boers como no enemigos. Las primeras acciones de guerrilla parecen causar sorpresa, línea férrea y de telégrafo saboteada, asalto de fincas con robo de ganado y pequeñas guarniciones arrasadas causando unas decenas de muertos. La respuesta colonial se intenta contundente pero, con escasos efectivos y tan hábiles guerreros dispersos en amplias extensiones, el gobernador toma la rendición de un grupo como una victoria definitiva. Su principal error será embarcar de regreso casi la mitad de las tropas, con informes detallados al Káiser Guillermo II acerca de la explosiva situación en la colonia. Maharero no va a desaprovechar la ocasión. Reuniendo un ejército ataca uno de los principales puestos militares y acaba con 150 alemanes, provocando la furia germana. Los informes y órdenes se cruzan hacia Berlín, donde la noticia causa escándalo. En el Reichstag se refleja la opinión pública. Un grupo moderado reclamando diálogo, frente a un bando exaltado que exige medidas contundentes encabezado por el propio Káiser, quien habría de pasar a la posteridad por sus siempre erróneas decisiones políticas. El racismo parece acentuarse entre los colonos y en el partido conservador. Los rebeldes comienzan a perder su condición de súbditos y son retratados en periódicos y pasquines como crueles y salvajes asesinos sedientos de sangre. Los cromos infantiles van a reflejar escenas de esforzados soldados uniformados de blanco, disparando en parapeto sobre una avalancha de furibundos sañudos. Nada debía frenar el progreso del hombre blanco, y menos esos feroces "hotentotes". Guillermo II, el último káiser, va a destituir de nuevo al gobernador para sustituirlo por un hombre de su confianza, de probada eficacia en el terreno castrense, el general Lothar von Trotha.

Dispuesto a acabar con las revueltas por la vía rápida, en 1904 Trotha desembarcaba en el puerto de Swakopmund 14 000 soldados armados con rifles, ametralladoras y artillería, subvencionados por grandes corporaciones empresariales y bancarias como Deutsche Bank. Los herero se han replegado hacia el norte, buscando refugio y buena posición de defensa alrededor del lugar ahora conocido como Waterberg, la montaña sagrada del agua. Sus instrucciones son precisas y sólo responde ante el káiser. Mientras las tropas se preparan y aclimatan, las diferencias surgen entre gobernador saliente y entrante. Trotha defiende el completo exterminio frente a opiniones que consideran un ataque limitado, más que nada para seguir contando con mano de obra. Además, existen comunidades viviendo en armonía con los colonos que no se han unido a la revuelta, como en el caso de Otjimbingwe —en castellano Ochimbingüe—, la primera capital fundada por Gustav Nachtigal. El teniente general escribe una reveladora carta al Estado Mayor. Antes de dirigirse a Waterberg provocará la unidad de los enemigos en torno a la revuelta:

"Creo que la nación como tal debe ser aniquilada, o, si esto no fuera

posible por medio de tácticas militares, debe ser expulsada del país”.

Espera que la comunidad cristiana de Otjimbingwe esté reunida en la parroquia, asistiendo al oficio dominical, y ordena abrir fuego indiscriminado causando una masacre. Maharero quiere negociar, no pretende que la rebelión se convierta en una guerra abierta, pero con la llegada de Trotha las normas han cambiado y el diálogo ya no ofrece salidas pactadas. Las unidades coloniales van a ir tomando posiciones alrededor de Waterberg, instalando una antena de radio en lo alto de una cima y haciendo prospecciones de reconocimiento. Una de estas patrullas es emboscada por guerreros herero en su camino de regreso. Sus cuerpos son descubiertos con horribles mutilaciones. El 12 de agosto de 1904 las tropas germanas quedaban dispuestas para el asalto final. Las operaciones comenzaban bien temprano de madrugada. En un momento dado la infantería herero, equipada con antiguos fusiles de diferentes calibres y escasa munición, ataca los nichos de artillería de forma simultánea y por los flancos. Los alemanes tienen que defenderse cuerpo a cuerpo, sufriendo muchas bajas. En cuanto pueden reorganizarse, los 36 cañones de las factorías de Hamburgo abren fuego sobre las posiciones herero, bombardeando de forma continua durante el tiempo que permite la munición disponible. El castigo es duro, la masacre casi absoluta. Apenas unos dos mil individuos siguen a Maharero hacia las áridas tierras de Omaheke, lo que hoy conocemos como desierto de Namibia, en dirección al protectorado británico de Botsuana, donde tan solo unos mil serán acogidos al cabo de unos largos meses deambulando, con la condición de no proseguir con la revuelta. Unidades ligeras partieron en persecución de los exhaustos fugitivos abatiendo mujeres y niños sin piedad. Para evitar su regreso, Trotha ordenó levantar una línea de torretas de vigilancia a lo largo de ciento treinta kilómetros. Posteriormente envió varios pelotones, cada uno con un rastreador nama, cuya misión será encontrar y envenenar los pozos del desierto. Con la situación controlada, Trotha pone blanco sobre negro la orden de exterminio:

“Yo, el gran general de los soldados alemanes, envío esta carta a los herero. Los herero no son ya súbditos alemanes. Han matado, robado y cortado las orejas y otras partes del cuerpo a los soldados heridos, y ahora son demasiado cobardes para seguir luchando [...]. La nación herero ahora debe abandonar el país. Si rehúsa, le obligaremos a hacerlo con los cañones. Cualquier herero que sea encontrado dentro de las fronteras alemanas, con o sin ganado o armas, será ejecutado. No perdonaré ni a mujeres ni niños. Daré la orden de que se dispare contra ellos y los expulsen”.

El informe oficial con el resultado de la Batalla de Waterberg causó una gran polémica en Alemania. El Estado Mayor aprobaba las atrocidades en términos de “lucha racial”, por la necesidad de acabar con la oposición indígena a los planes coloniales de Guillermo II. En el lado de la oposición a los métodos de Trotha, unas pocas voces protestaron por la falta de principios cristianos. La mayoría de los argumentos, no obstante, se centraron en el error económico que suponía acabar con la fuerza de trabajo. Waterberg no fue el único enfrentamiento, las hostilidades se prolongaron todavía dos meses, el tiempo que el gobierno tardó en reaccionar indicando a Trotha la necesidad de contar con el trabajo forzoso. Con la llegada de las nuevas instrucciones la dinámica

cambiaba, la primera fase armada del conflicto podía darse por terminada. El verdadero horror estaba a punto de comenzar.

Las pocas comunidades herero que quedaron en Namibia, en efecto, no fueron acribilladas, una muerte con mayores y prolongados sufrimientos les estaba reservada. Los supervivientes, mayormente mujeres, niños y ancianos, fueron apresados y conducidos a las ciudades en grandes grupos vigilados a punta de bayoneta. Reunidos en los andenes de las estaciones, durante los calurosos meses de verano sin agua ni víveres, varios trenes y una planificación esmerada fueron necesarios para repartir unos veinte mil prisioneros por la colonia. Aglomerados en el interior de los vagones, sin espacio para descansar, los más débiles morían ahogados en el trayecto. Una serie de campos de trabajo estatales apartados de las miradas públicas, donde los capotes militares constituyeron el único refugio en forma de pequeñas cabañas, esperaban a los cautivos distribuidos en lugares estratégicos donde era requerida la fuerza laboral, ferrocarril, minas, puertos. Incluso algunas empresas navieras y constructoras fueron autorizadas a contar con su cupo de trabajadores esclavos, reunidos en campos de concentración. Las raciones no llegaban al mínimo para la subsistencia. Las enfermedades encontraban vía libre a su propagación. Desde el orto al ocaso, los prisioneros salían del campo encadenados por el cuello para trabajar hasta caer exhaustos. Las mujeres eran violadas por los soldados. Los niños, apartados de sus madres, utilizados en el servicio doméstico de las modernas familias europeas.

Con respecto a los nama, a pesar de haber colaborado como rastreadores contra sus sempiternos rivales, el gobierno colonial los incluyó entre los pueblos subyugados, conminándolos por optar a la rendición, la huida o la aniquilación completa. Aproximadamente unos diez mil fueron abatidos en distintas escaramuzas hasta 1906, entre ellos Hendrik Witbooi. El resto, unos nueve mil, fueron atraídos a la rendición con engaños y promesas de libertad. Concluido el artificio, fueron confinados en campos que ya no podemos llamar de concentración, sino de exterminio. Entre ellos, Shark Island pasará a la posteridad por su ignominia, hoy tan sólo un lugar de esparcimiento para campistas blancos, sin una placa siquiera que la señale a la altura de los hornos de Mauthausen. Situada frente a Luderitz, el primer puerto construido por alemanes, la pequeña islita rocosa quedaba abierta a los gélidos vientos australes de invierno y mostraba apenas vegetación de matorral. Cada desnutrido presidiario era identificado con una placa numerada colgada al cuello, con reflejo nominal en el correspondiente libro. Tratados con fustas y golpes, aquellos que podían mantenerse en pie eran conducidos al trabajo diario. Cada mañana, también, un par de prisioneros recorrían los cobijos con una carretilla recuperando los cuerpos de quienes fallecían. No tenían que empujar muy lejos. Los soldados habían decidido enterrar los cadáveres con la marea baja en la misma arena de la playa, de manera que cada pleamar sacaba los despojos a flote para alimento de tiburones. Decenas de mujeres y niñas, esqueléticas y afectadas de tifus, fueron utilizadas sin piedad como esclavas sexuales. Usualmente caracterizados por un formalismo excesivo y una minuciosidad metodológica, los alemanes registraron y fotografiaron de forma exhaustiva todo lo que ocurría en los campos, cada ingreso y cada muerte. Semejante material sensible quiso ser borrado de la Historia, aunque el carpetazo no logró completarse. Cientos de instantáneas y documentos

sobrevivieron para dar cuenta de las atrocidades. El porcentaje de muertes en Shark Island, por ejemplo, superó el ochenta por ciento. Se trataba de eliminar cautivos de forma organizada y sistemática, cuarenta años antes de los hornos crematorios de Treblinka. Los campos de concentración habían sido inventados en Cuba y Sudáfrica como forma de apartar guerrilleros de sus familias y apoyos populares. La particularidad en Namibia fue que por primera vez se utilizaron para lograr el exterminio de poblaciones. Fuera de ellos, no quedaron africanos libres.

Los antropólogos de la Alemania imperial del II Reich ya intentaban sentar las bases científicas de la supremacía de la raza aria, con todo el aparato técnico que ofrecían las ciencias de los comienzos del siglo XX. Pretendían demostrar que, a través de mediciones óseas y análisis sanguíneos, el genocidio de las “razas inferiores” podía quedar justificado por la necesidad de llevar a cabo una limpieza étnica. Claro está que, para llevar a cabo sus experimentos, el material de investigación tenía que ser enviado desde Luderitz, y allí precisamente los huesos eran abundantes. A cambio de una pastilla de jabón los soldados reunían restos humanos, los empaquetaban en cajas y los remitían a universidades e institutos patológicos para su medición. En esta actividad fueron retratados y, sin asomo de vergüenza, la fotografía fue reproducida como tarjeta postal y vendida al público en las librerías de Berlín. Cabezas decapitadas fueron conservadas en tarros de formol y etiquetadas con el nombre de “hotentote”.

Uno de los asuntos más preocupantes estaba en concretar la condición y el trato que debían recibir los *baster*, hijos de colonos y militares con mujeres herero y nama. Para poder hacer estudios de campo sobre este espinoso tema, en 1908 desembarcó en Luderitz el célebre médico y antropólogo Eugen Fischer (1874-1976), cuyos libros inspiraron al propio Adolf Hitler. Es evidente que el científico llegaba con ideas preconcebidas. Estaba en aquel momento construyendo una ideología de supremacía aria que sentaría las bases de la higiene racial del III Reich. Sólidamente argumentados y transmitidos posteriormente a alumnos aventajados de la siguiente generación, como Joseph Mengele, el “ángel de la muerte” de Auschwitz, los argumentos científicos de Fisher servirán para conformar la ideología del partido nazi y justificar el genocidio de judíos y gitanos, así como la castración de mestizos, subnormales y locos. Nada más llegar Fisher instaló un laboratorio y comenzó sus pruebas. Los objetos de su investigación eran extraídos de los campos, fotografiados y sometidos a mediciones, esterilización e inoculación de diferentes agentes patógenos, como viruela, tuberculosis y tifus. El resultado de sus trabajos le llevó a dos “certeras conclusiones” con respecto a los dos grupos y condujo a la promulgación de nuevas leyes. En primer lugar, herero y nama sin distinción fueron considerados como infráhumanos, animales que podían tratarse igual que un chacal. En segundo lugar, la preocupación con la gran cantidad de mulatos se solucionó con una categoría intermedia, catalogándolos como “bastardos de calidad racial inferior” con respecto a la pura raza aria. Todos los esfuerzos debían concentrarse en evitar la degradación y el mestizaje de razas. Podían ser rentables para los proyectos del II Reich pero, una vez terminado su uso durante el periodo útil, debían ser eliminados. En consecuencia, las autoridades prohibieron las relaciones y el matrimonio entre alemanes y africanos en todas las colonias.

Para 1909 prácticamente la totalidad de los campos de trabajo y exterminio estaban cerrados, no por que hubiera evolucionado la ideología o la política, sino por que ya no quedaban prisioneros. Los pocos sobrevivientes fueron subastados como esclavos entre los colonos. El balance final, reconocido oficialmente por la O.N.U. en 1985, indicaba que entre los herero, con una población inicial estimada en unos cien mil individuos, tan sólo quedaron con vida unos quince mil, recluidos en reservas hasta 1990. Los joi-joi del grupo nama, que podían sumar unos veinticinco mil cuando comenzaron a llegar alemanes, quedaron reducidos a diez mil personas viviendo contra su voluntad en el desierto. Solucionado el problema, las tarjetas postales dedicadas al A.S.O.A. pasaron a reflejar una vida de bienestar en las colonias al alcance de cualquier ciudadano, donde unos pintorescos indígenas semidesnudos y domesticados trabajaban felizmente en servicio del hombre blanco. De esta forma los niños alemanes —en España eran los indios apaches—, que antes jugaban a ser héroes de la conquista colonial disparando sobre los imaginarios negros, aprendieron en sus cromos a ser condescendientes y paternalistas con aquellos infelices que, aunque lo intentaran, no podrían llegar a ser como nosotros. La historia de la conquista colonial quedaba lista para ser escrita como una epopeya imperial gloriosa. A los pocos años de terminar el genocidio, el resultado de la I Gran Guerra dejaba Namibia bajo el control de la racista Unión Sudafricana. El poder cambiaba de manos, pero las fincas continuaron con los mismos propietarios, manteniéndose el segregacionismo. Un par de lustros después, la maquinaria bélica hitleriana comenzaba de nuevo la expansión alemana conquistando Europa. El cierre de aquel vergonzoso episodio ocurrido en Namibia no se juzgó ni cuantificó en el juicio de Nuremberg. Todo quedó enlucido y blanqueado. Es más, conseguida la independencia de Namibia en 1990, no hubo reconocimiento oficial hacia las víctimas. Los héroes de la colonización cuentan, por el contrario, con monumentos y estatuas ecuestres para oprobio de quienes perdieron la tierra y la batalla. No existe a día de hoy ni siquiera una placa en honor de los herero y nama aniquilados a comienzos de siglo en toda la república. Borrados de la memoria, muchos niegan aquellos episodios por incómodos, los libros escolares no los recuerdan. Pero quedaron documentos y pruebas irrefutables conseguidas por fotografía aérea. En las afueras de Swakopmund, unos terrenos amenazados por la recalificación como suelo urbanizable, donde los lugareños hacen motocross con total impunidad e ignorancia, muestran cientos de pequeños túmulos alineados. Son las tumbas de los trabajadores portuarios. Tras el dictamen de la O.N.U. de 1985 el gobierno alemán envió una ministra a visitar comunidades herero con la intención de cerrar heridas y de alguna forma satisfacer las reclamaciones de los nietos de las víctimas. Una vez que reconoció públicamente el genocidio, la ministra confirmó una línea de ayudas destinadas a estas comunidades que nunca se llegó a completar. Cuesta hoy menos en Alemania admitir el Holocausto judío que el genocidio de los herero y namaqua, ya que este sólo fue reconocido cuando estaba borrado de la Historia. De forma general se intenta limitar la culpa centrándola sobre los controvertidos protagonistas, entre quienes destacó Lothar von Trotha, con estatua en Namibia pero sólo responsable de las operaciones militares hasta 1905, cuando regresó a su tierra. Los campos de exterminio no fueron asunto suyo. A pesar de esto, sus

descendientes fueron recibidos por los herero en una ceremonia cristiana de perdón y disculpa. Sin embargo, no cabe duda de que aquellos militares y científicos sentaron las bases y trazaron la ruta que habría de seguir el nazismo. Para terminar, resulta imprescindible citar uno de los trabajos más accesibles y con mayor difusión sobre lo ocurrido en Namibia entre 1904 y 1909. Se trata del documental dirigido por David Olusoga para la BBC, *Genocide and the II Reich*, que el lector podrá fácilmente encontrar en Internet.

Luis Temboury, octubre 2010.